

LA "REFLEXIÓN" COTIDIANA

Hacia una arqueología de la experiencia

por HUMBERTO GIANNINI

Editorial Universitaria, Santiago de Chile, 1987, 199 pp.



Este libro de Humberto Giannini se ocupa del ciclo del vivir cotidiano como un itinerario. Es cíclico: supone un punto de partida, el domicilio, que es la vez punto de llegada. En ese itinerario se destacan hitos de importancia existencial: la calle, el trabajo, la plaza, el bar. El domicilio, como cada uno de estos 'hitos', compromete específicas conductas, ánimos y relaciones con el prójimo.

Si bien Humberto Giannini utiliza el concepto de "topografía" para referirse a los lugares que anudan el itinerario, sus descripciones son 'humanistas' y difieren, por tanto, de las que podría hacer un topógrafo al describir lugares. Por ejemplo, leemos lo siguiente, respecto del significado de 'domicilio': "Cuando traspaso la puerta, el biombo, o la cortina que me separa del mundo público; cuando me descalzo y me voy despojando de imposiciones y máscaras, abandonándome a la intimidad del amor, del sueño o del ensueño, entonces, cumplo el acto más simple y real de un regreso a mí mismo"¹.

¿Qué se entiende por "regreso a mí mismo"? El sentimiento más cabal de la propia identidad: el sentirse un 'yo' (aun cuando, Hume mediante, no se comprueba la sustancia de ese 'yo' bajo los cambios y las experiencias). El domicilio aparece, como algo más trascendente que el techo que nos cobija de los soles y las lluvias. Domicilio —con sus rutinas y regularidades, con sus rincones conocidos y objetos que reencontramos en las mañanas— es una de las posibilidades mismas de la identidad de la persona. Se ha sobrepasado, desde esa perspectiva, la significación de lo domiciliario como lugar donde podemos recogernos a meditar, a ocuparnos de nosotros mismos, a amar o soñar. El domicilio aparece, más bien —si no es errada mi interpretación— como uno de los fundamentos firmes de la identidad personal, la que funda, a su vez, ese 'meditar', 'ocuparnos de nosotros mismos', 'amar', 'soñar', etc.

Al contrario, en alguna medida, de lo que es el domicilio (estructura necesaria de regularidades que configuran en parte la identidad del yo), la calle es definida por Humberto Giannini como lugar de encuentro con el prójimo y también "espacio abierto", posibilidad de variación. La calle, cosa importante, nos permite remover la rutina y transgredir los esquemas de una "vida programada". Cito un pasaje que lo expresa: "Decíamos que frente al domicilio y al trabajo, la calle aparece como un territorio abierto. Y esta expresión 'abierto' significa en su mayor cercanía a la literalidad: lo que puede llevar a muchos lugares diversos de los extremos que configuran el trayecto consabido, fijo, de la rutina"².

Entonces, en una simetría inversa, así como en el domicilio se funda mi identidad, en la calle puede florecer mi diversidad. En la calle puedo ser muchas cosas inesperadas si me dejo ir y llevarme por la marea de las situaciones: en la calle soy menos 'yo' y más 'uno'. Humberto Giannini nos invita a reparar en cualidades positivas de ese anonimato al que se ataca siempre: "Desprenderme: dejarme llevar por el encanto de las cosas, sorprenderme en un caminar sin rumbo, sin puntos por alcanzar ni tiempos de llegada; abiertos a los azares del encuentro que la calle pone a nuestra disposición"³.

¹Ob. cit. pág. 24.

²Ob. cit. pág. 30.

³Ob. cit. pág. 32.

Quiero volver sobre un concepto al cual se da, en esta obra, un valor diferente al habitual: es el concepto de “transgresión”. En verdad, como dice Giannini, la dirección habitual de este término es negativa: transgresión es infracción, violación, quebrantamiento. Pero, es posible entender la idea de transgresión como diferenciación positiva respecto de normas y rutinas anquilosadas. En este horizonte sitúa Giannini la ‘fiesta’ como transgresión a ese tiempo lineal y desgastado por el hábito cotidiano. La fiesta como transgresión es, positivamente, ocasión de reencuentro con las cosas, tiempo de dar a las cosas su valor ‘gratuito’ (no el ‘utilitario’ de todos los días), tiempo de la contemplación más que de la acción. Por ello, a mi parecer, tiempo hermano de la actitud estética, al que Giannini denomina “tiempo del mito”. ¿No es, acaso, estética la actitud que aquí se describe?: “Com-patencia de la calle, que de mera dirección hacia..., de mero ‘fondo’ en nuestro trayecto, reconquista la anchura y el espesor de una realidad que se dice a sí misma; (...)”⁴. Mirada que recupera el ‘ser’ de las cosas frente al ‘ser-para’ de su utilitariedad, la que ejerce el artista por derecho propio.

En ese mismo plano, aparece el diálogo como otro modo de transgresión. Esta referencia ‘transgrede’, por cierto, los cánones normales de interpretación del concepto de ‘diálogo’. Pero, si aceptamos la caracterización genérica propuesta por Giannini para el término ‘transgresión’, las cosas se aclaran al punto: “... llamamos ‘transgresión’, en general, a cualquier modo por el cual se suspende o se invalida temporalmente la rutina, (...) con miras a restablecer la normatividad dentro de normas más eficaces de convivencia”⁵. Hay un cierto tipo de diálogo al que se puede llamar conflictivo o vertical. Con ello me ajusto a las cualidades de “heterogeneidad y contraposición funcional de los dialogantes”, de que habla Humberto Giannini. En sus ejemplos predomina una oposición funcional: “gobierno-oposición”, “civiles-militares”, “operarios-patronos”, “acreedores-deudores”. Pero hay una modalidad del diálogo —la del respeto mutuo y la comprensión— ocupada en buscar verdades y no en imponer razones. Ese otro diálogo permite transformar el conflicto en armonía y la verticalidad en horizontal intercambio de ideas. El diálogo que es conversación opera una misteriosa reunión entre lo uno y lo vario, entre lo concluso (en la identidad) y lo abierto (en la libertad).

Por una parte, “Gratuita en su origen, inconcluyente en su término, la conversación es, como la calle, el paradigma de lo abierto, de lo imprevisible”⁶. Pero la vida humana —el ‘yo’ que llevamos dentro, aun cuando carezca de sustancialidad— “necesita ex-presarse”, decirse, y con ello sujetar el fluir que se pierde y alimenta, en su perderse, la angustia humana. La conversación, por otra parte, permite sujetar esa fluencia: “... su rescate es un acto de restauración (re-identificación) de sí mismo. Un acto liberador”⁷.

Estos temas vertebrales despliegan sus posibilidades a contrapunto, en el texto de Giannini: se complementan allí un estilo filosófico, siempre diáfano en el decir (rara virtud) y un estilo coloquial, “más conversacional”, empleado en los denominados “interloquios”. Las indagaciones de Humberto Giannini señalan un problema básico: ¿Cómo rescatar lo cotidiano sin afirmar la rutina? Porque el asunto no es pensar que se vive —en un sentido trascendente y significativo— cuando se deja de vivir —en el nivel de lo cotidiano. Nuestra vida está hecha de esos itinerarios, donde se amarran, todos los días (quotidie) las acciones del trabajo, las conversaciones, la sumisión y el dominio, los encuentros, “las estratagemas del aburrimiento”. Lo cotidiano debe ser rescatado de las rutinas múltiples, difícil tarea porque en verdad lo constituyen.

⁴Ob. cit. pág. 52.

⁵Ob. cit. pág. 73.

⁶Ob. cit. pág. 83.

⁷Ob. cit. pág. 84.

Sin embargo, el sentido de la dignidad personal y de la vida depende de la revaloración que podamos hacer, precisamente, de esos actos simples, cuyo valor a veces desconocemos, otros olvidamos, a menudo degradamos tras de quiméricas hazañas. "Hacia otro lado se mueve nuestra búsqueda: hacia un hipotético subsuelo de principios sumergidos en esa experiencia individual; sumergidos y que, sin embargo, echan raíces hasta el fondo de ella, condicionándola al punto de hacerla, a veces, incomprensible para sí misma; se mueve, en fin, hacia el subsuelo de una experiencia común"⁸.

La estructura propuesta como camino de reflexión memora el itinerario de ese encadenado de la Caverna platónica cuya salida a la luz y a la verdad redonda en un conocimiento de sí. Esto no debe sorprender puesto que el autor declara su platonismo.

La filosofía, cuya diferencia específica es (¿o debiera ser?) la reflexión, se demuestra en este libro por el modo singular de acercamiento a los asuntos que —con mayor o menor claridad y conciencia— aquejan a los seres humanos. ¿Qué pasa con mi persona en mi relación familiar? ¿Qué soy en la calle, confundido en la muchedumbre? ¿Qué vaciamiento de mí mismo realiza ese estado de "disponibilidad para otros" en la base de la mayoría de las relaciones laborales? ¿Qué comuniones se logran o se pierden? El siguiente me parece un ejemplo adecuado de acercamiento filosófico a la vida: "Es éste el de la barra —el lugar de los más osados, de los más solitarios, de los más necesitados de un dios directo y urgente"⁹. El modo de la filosofía —la reflexión— desentraña el sentido del vivir pero no lo simplifica. Por eso, el ciclo y su itinerario (domicilio - calle - trabajo - domicilio) no se estampan en un esquema de valores fijo: lo 'positivo', lo 'negativo'. La sensibilidad filosófica sabe descubrir el valor que puede encontrarse en el deambular no sujeto a nada (en las calles), el encuentro de sí (en el trabajo, a veces) o el horroroso aburrimiento (en el hogar, domicilio). Lo que permanece, como producto de la reflexión, es que las relaciones entre individuo y realidad pueden variar, son lábiles.

En este comentario sobre *La 'reflexión' cotidiana*, de Humberto Giannini, he insistido sobre el carácter de itinerario con que describe la vida cotidiana. Un itinerario que se cumple supone tiempo que pasa, un pasar nosotros en el tiempo junto a las cosas y a las personas. Se impone (frente a la imagen heraclíteica del flujo) la búsqueda de un detenimiento (cuyo paradigma puede encontrarse, análogamente, en la imagen parmenídea). El detenimiento apunta a compartir un "tiempo común": "Tiempo común es sólo el Presente, en el sentido en que aquí lo hemos descrito: tiempo de la compatencia, del espectáculo, en una palabra, de la hospitalidad de una existencia para otra"¹⁰.

En este último párrafo se ve clara la valoración —la eticidad— implícita en estas 'reflexiones' sobre lo cotidiano. Es bueno preguntarse: ¿por qué preferir el detenimiento en lugar de un tiempo transeúnte? ¿Por qué exaltar las transgresiones que posibilitan el libre deambular, la conversación no utilitaria? Porque es entonces y de ese modo que se hace presente la 'hospitalidad de una existencia para otra', y recobra su sentido para nosotros, tal vez, la realidad.

MARGARITA SCHULTZ

⁸Ob. cit. pág. 15.

⁹Ob. cit. pág. 91.

¹⁰Ob. cit. pág. 152.